

tiene con pensamientos torpes, cuando se entrega a la oración le asaltan las imaginaciones que recientemente tuvo, dificultándose el fácil acceso a la plegaria, a fin de que su espíritu no se eleve libremente al deseo celestial.

750. Por ello, en primer lugar se ha de purificar el ánimo y apartarlo de la consideración de los asuntos temporales, para que con pureza de intención se dirija a Dios verdadera y sinceramente. Porque entonces en realidad confiamos poder conseguir los dones divinos cuando nos presentemos en la oración con sencillez de afecto.

751. De múltiples maneras se distrae la atención de la plegaria cuantas veces las vanidades del mundo invaden el ánimo de quienquiera que practica la oración. Pero entonces el diablo sugiere con más ahínco al espíritu humano el pensamiento de los cuidados temporales cuando se da cuenta que uno está orando.

752. De dos modos se impide la oración a fin de que uno no pueda alcanzar sus peticiones, esto es, cuando uno todavía comete pecados o cuando no perdona al que le ofendió. Doble vicio que, si uno aleja de sí, al punto se consagra seguro a la práctica de la oración y alza libremente su ánimo hacia aquellas peticiones que espera conseguir con la plegaria.

753. El que es injuriado no deje de orar por los que le injurian; de no hacerlo así, conforme a la sentencia del Señor, peca el que no ora por los enemigos (Mt. 5, 44).

754. Como ningún remedio aprovecha para la herida si todavía tiene dentro la metralla, así de nada sirve la oración de aquel en cuyo ánimo persiste el dolor, y el odio en su pecho.

755. Tan grande debe ser el amor a Dios del que ora, que no debe desconfiar del resultado de la plegaria, porque en vano hacemos oración si no tenemos confianza en ella. Así, pues, pida cada uno con fe, sin titubear lo más mínimo, pues el que duda se asemeja al oleaje del mar, que el viento provoca y dispersa a la vez (Sant. 1, 6).

756. La desconfianza en conseguir las peticiones se origina cuando el ánimo siente que todavía conserva el afecto al pecado. En efecto, no puede albergar segura confianza en su súplica quien todavía es indolente en el servicio de Dios y se deleita con el recuerdo del pecado.

757. No merece recibir lo que pide en la oración quien se aparta de los preceptos de Dios, ni puede conseguir el favor que pide a Aquel cuya ley no obedece. Si realizamos lo que Dios manda, sin

duda conseguimos nuestras peticiones, porque como está escrito, *es abominable la oración de aquel que se aparta de la ley* (Prov. 28, 9).

758. En el servicio de Dios se encarecen necesariamente estas dos cosas: que las obras se apoyen en la oración, y la oración en las obras. Por lo cual dice también Jeremías: *Alcemos nuestro corazones a Dios junto con nuestras manos* (Lm. 3, 41). Así, alza corazón y manos el que eleva la oración acompañada de las obras, pues todo el que ora y no trabaja, alza el corazón, pero no las manos. En cambio, el que trabaja y no ora, alza las manos, pero no el corazón. Mas, puesto que es indispensable trabajar y orar a un tiempo, con razón se han dicho ambas cosas a la vez: *Alcemos nuestros corazones y nuestras manos a Dios*, no sea que el corazón nos reprenda por la negligencia en cumplir los mandamientos en el caso de que pretendamos alcanzar nuestra salud o sólo con la oración o sólo con las obras.

759. Después de realizar la buena obra, derrámesese lágrimas en la oración, para que la humilde plegaria alcance el mérito de la acción.

760. Levanta sus manos a Dios de forma vituperable quien publica sus obras con jactancia, como el fariseo, que oraba en el templo con vanidad y que pretendía se alabase a él más que a Dios por sus buenas obras (Lc. 18, 11 ss.).

761. La oración de algunos se convierte en pecado, como se lee acerca de Judas el traidor, pues la plegaria del que ora con arrogancia, buscando la alabanza de los hombres (Sal. 108, 7), no sólo no borra el pecado, sino que ella misma se convierte en pecado. Como sucede con los judíos y herejes, quienes, aunque parece que ayunan y oran, sin embargo, su oración no les sirve para merecer el perdón, antes bien se transforma e pecado.

762. A veces, la oración de los elegidos, en medio de sus tribulaciones, tarda en ser escuchada, a fin de que aumente la perversidad de los impíos; mas, cuando los justos son escuchados oportunamente, ello acontece para la salvación de quienes les persiguen, a fin de que, mientras a ellos se les brinda el remedio temporal, los malvados abran sus ojos y se conviertan. Por esta razón, el fuego encendido para los tres mancebos resultó inactivo (Cf. Dan 3, 50), a fin de que Nabucodonosor reconociera al verdadero Dios. Como dice el profeta en los Salmos: *Líbrame por causa de mis enemigos* (68, 29).

763. Así, pues, las oraciones de algunos son escuchadas más tarde, para que, impulsadas con mayor fuerza, en tanto no se las atiende,

acumulem mayores premios. Sirvan de ejemplo los inviernos en el retraso de las cosechas, durante los cuales, cuanto más tarde aparece la simiente sembrada, tanto se desarrolla con más plenitud en orden al fruto.

764. Cuantas veces en nuestra oración no somos al punto escuchados, pongamos ante nuestra consideración nuestras obras, a fin de atribuir el hecho mismo de la tardanza a la justicia divina y a nuestra culpa.

765. A veces es para nuestro provecho y no para nuestra desgracia que, orando con perseverancia, no seamos al instante escuchados. Porque con frecuencia Dios a muchos no les atiende según su deseo, para atenderles en orden a la salvación.

766. Muchos no son escuchados cuando oran, pero Dios les procura bienes mejores de los que piden, como suele suceder con los pequeños, que suplican a Dios para no ser azotados en la clase. Mas no se les concede el favor que piden, porque atenderles es un obstáculo para su perfeccionamiento. No de otra suerte acontece a algunos elegidos: suplican a Dios por ciertas ventajas o contrariedades de esta vida; mas la Providencia divina no se cuida de sus aspiraciones en este mundo, porque les reserva bienes mejores para la eternidad.

767. La oración se practica con más provecho y consigue mejores resultados en recinto privado, por cuanto se realiza siendo sólo Dios el testigo.

768. En cambio, es propio de los hipócritas darse a conocer a los presentes, cuyo propósito no es el de agradecer a Dios, sino el de recabar la gloria de los hombres.

769. Dios no escucha a los hombres porque hablen mucho, como si se empeñaran en conmoverle con muchas palabras. Pues no granjea su favor la verbosidad del que ora, sino la recta y sincera intención de la plegaria.

770. Es cosa saludable orar siempre en el corazón, es también saludable con el tono de la voz glorificar a Dios con himnos espirituales. De nada sirve cantar con sola la voz de la intención del alma, como dice el Apóstol, *cantando en vuestro corazón* (Ef. 5, 19); esto es, salmodiando no sólo de palabra, sino también de corazón. De ahí que afirme en otro lugar: *Oraré con el espíritu, mas oraré también con la mente* (I Cor. 14, 15).

771. Como la oración nos guía, así el estudio de los salmos nos

deleita, pues la práctica de salmodiar consuela los corazones afligidos, hace los espíritus más agradecidos, deleita a los melancólicos, despierta a los negligentes, invita al llanto a los pecadores. En efecto, por más duros que sean los corazones de los mundanos, tan pronto como suena la melodía del salmo, impulsa su alma a la práctica de la piedad.

772. Aun cuando no sea la inflexión de la voz, sino las palabras divinas que en la salmodia se pronuncian, lo que debe conmover al cristiano, no sé de qué manera nace de la modulación del canto una mayor compunción. Pues son muchos los que, impresionados por la suavidad del canto, deploran sus crímenes, y en aquel pasaje se mueven más al llanto en el que se percibe muy suave la modulación del salmista.

773. La oración sólo se practica en esta vida para la remisión de los pecados, mas la recitación cantada de los salmos refleja la alabanza perpetua de Dios en la gloria eterna, tal como está escrito: *Bienaventurados los que moran en tu casa, Señor; te alabarán por los siglos de los siglos* (Sal. 83, 5). Y todo el que lleva a cabo la ejecución de esta obra con fidelidad y atención, se asocia, en cierto modo, a los ángeles.

CAPITULO VIII

De la lectura

774. La oración nos purifica, la lectura nos instruye; ambas cosas son buenas cuando son posibles; pero, si no, mejor es orar que leer.

775. El que gusta de estar siempre con Dios, debe orar con frecuencia, y asimismo leer. Porque, cuando oramos, somos nosotros los que hablamos con Dios; mas, cuando leemos, es Dios quien habla con nosotros.

776. Todo el aprovechamiento proviene de la lectura y de la meditación, porque con la lectura aprendemos las cosas que ignoramos y con la meditación conservamos las que hemos aprendido.

777. Un doble beneficio proporciona la lectura de las santas Escrituras, sea porque instruye mejor al entendimiento, sea porque conduce al amor de Dios al hombre que ya se ha apartado de las vanida-

des del mundo. Efectivamente, muchas veces, estimulados por las enseñanzas, nos sustraemos al deseo de la vida mundana, y enardecidos por el amor de la sabiduría, tanto más se desvanece ante nosotros la vana esperanza en nuestra condición mortal cuanto más brilla a causa de la lectura la esperanza eterna.

778. Doble es el propósito en la lectura; el primero se refiere al modo de entender las Escrituras, el segundo, al provecho y dignidad con que se dan a conocer. Pues primeramente uno estará en disposición de entender lo que lee, luego será apto para comunicar lo que aprendió.

779. El lector diligente estará más resuelto a poner en práctica lo que lee que a entenderlo. Es menos penoso desconocer lo que uno pretende que no ejecutar lo conocido. Porque del mismo modo que con la lectura buscamos saber, así debemos realizar las buenas obras que aprendimos al tener conocimiento de ellas.

780. La ley de Dios encierra un premio y un castigo para quienes la leen. Premio para quienes, por vivir con rectitud, la observan; castigo para los que, por su vida depravada, la desprecian.

781. Todo el que por su conducta se aparta de los preceptos de Dios, cuantas veces tuviere la ocasión de leer o escuchar estos mismos preceptos divinos, al ser reprendido en su corazón, queda confuso, pues recuerda lo que no practica y en su interior le acusa el testimonio de la conciencia. Por ello, el profeta David suplica con estas palabras: *Entonces no seré confundido cuando atienda a todos tus mandatos* (Sal 2. 8, 6). En efecto, uno queda sumamente confuso cuando, leyendo o escuchando, considera los mandamientos de Dios, que en su vida desprecia, y su corazón le reprende en tanto es instruido con la meditación de los mandamientos, porque no realizó de obra lo que aprendió por imperativo divino.

CAPITULO IX

De la asiduidad en leer

782. Nadie puede conocer el sentido de la santa Escritura de no familiarizarse con su lectura, según está escrito: *Tenla en gran estima, y ella te ensalzará, y cuando la hubieres abrazado, te glorificará* (Prov. 4, 8).

783. Cuando uno es más asiduo en leer las Sagradas Escrituras, tanto consigue una inteligencia más plena de ellas; como sucede con la tierra, que cuanto mejor se cultiva, tanto es más abundante el fruto que produce.

784. Cuanto más sobresale el hombre en cualquier parte, tanto más el propio arte se pone al alcance del hombre, como se dice en la ley: *Moisés subió al monte, y el Señor descendió* (Cf. Ex. 19, 3 y 20).

785. Con respecto a la contemplación espiritual, es cierto que sólo aquel podrá investigar el secreto de los mandamientos divinos que apartare su ánimo de la dedicación a los asuntos terrenos y con asidua familiaridad se aplicare a las Santas Escrituras. Porque como el ciego y el que tiene vista pueden ambos ciertamente caminar, pero no con igual desenvoltura, ya que el ciego tropieza al dirigirse a un lugar que no ve, y, en cambio, el que tiene vista evita los obstáculos y sabe a donde ha de dirigirse, así también el que anda a oscuras por la espesa niebla de los cuidados terrenos, cuando intenta escudriñar los misterios de Dios, no puede hacerlo, ya que no ve a causa de las preocupaciones que nos ofuscan. Sólo aquel puede lograrlo que se aparta de los cuidados materiales del siglo y se concentra enteramente en la meditación de las Escrituras.

786. Algunos tienen capacidad intelectual, pero descuidan el interés por la lectura y desprecian en su abandono cuanto leyendo pudieron aprender. Otros, por el contrario, tienen deseos de saber, pero se lo impide la torpeza de su inteligencia, los cuales, no obstante, por la lectura asidua llegan a entender aquello que los inteligentes no conocieron por su desidia.

787. El ingenio se desarrolla con el tiempo, si no por la disposición natural, al menos por la constante lectura. Pues, aunque haya torpeza de juicio, la lectura frecuente acrece la inteligencia.

788. Como aquel que es tardo de comprensión, a pesar de ello, recibe el premio por el esfuerzo en su noble afán (de aprender), así el que descuida la capacidad intelectual que Dios le concedió, se hace reo de condenación, porque desprecia el don que recibió, y peca por abandono.

789. Algunos, por disposición de Dios, reciben el don de ciencia, que descuidan para ser castigados más duramente por los dones que se les han confiado. Y los más torpes descubren con dificultad lo que desean saber, a fin de recibir el más alto precio de recompensa en proporción al máximo esfuerzo en el trabajo.

CAPITULO X

De la doctrina sin la gracia.

790. La doctrina sin la gracia adyuvante, aunque se derrame en los oídos, nunca penetra hasta el corazón: ciertamente por de fuera hace ruido, mas interiormente nada aprovecha. Y cuando interiormente toca la gracia de Dios al alma para que entienda, entonces la palabra de Dios infusa por los oídos llega a los últimos pliegues del corazón.

791. Porque así como a unos ilumina Dios con la llama de su caridad eterna, para que gusten vitalmente, así a otro deja fríos y desidiosos, para que persistan sin sentido.

762. Muchos hay bien dotados con agudeza de entendimiento, pero están angustiados por falta de palabra. Otros sin embargo disponen de ambos dones, tienen ciencia copiosa y facundia para persuadir.

CAPITULO XI

De los doctores soberbios

793. Los más, habiendo recibido ciencia de las Escrituras, no la emplean para la gloria de Dios, sino para su alabanza: en tanto que se engrían de la misma ciencia, vienen a pecar con lo que hubieran debido limpiar los pecados.

794. Los arrogantes leyendo jamás consiguen la ciencia perfecta. Pues aunque a primera vista aparezcan sabios, pero no llegan a profundizar los arcanos de la verdad, porque están oscurecidos por la nube de la soberbia. Los soberbios leen siempre y buscan, pero jamás encuentran.

795. Los secretos de la divina ley están patentes a los humildes y a los que entran bien a Dios, pero están cerrados a los malos y a los soberbios. Pues aunque las divinas palabras en la lección sean descubiertas a los arrogantes, pero en los misterios les están cerradas y ocultas.

796. En tanto que la palabra de Dios es luz para los fieles, de cierto modo es tiniebla para los réprobos y soberbios: de ahí que con lo que son iluminados aquellos, éstos están cegados.

CAPITULO XII

De los lectores carnales y de los herejes.

797. Quien carnalmente pasa por las palabras de la ley de ninguna manera entiende la ley; sólo el que la mira con un sentido interior de inteligencia. Porque quienes ponen su intención en la letra, no pueden penetrar lo que está oculto.

798. Muchos por no entender espiritualmente las Escrituras y no sentir de ellas rectamente, rodando han caído en herejía y se han derramado en muchos errores.

799. Sólo en los fieles está escrita la ley, según testimonia el Profeta: *Ata el testimonio, escribe la ley en mis discípulo*; a fin de que ni el judío ni el hereje la entiendan, porque no son discípulos de Cristo. Pues no siguen la unidad de la paz que enseñó Cristo, de la que dice el mismo Señor (Jn., 13, 35): *“Por aquí conocerán todos que sois mis discípulos, si os tenéis amor unos a otros”*.

800. Los herejes no gustan las Escrituras con sano sentido, sino que las depravan para el error de mala inteligencia; y ellos mismos no se someten a los sentidos de ellas, sino que las arrastran y violentan malamente para el error propio.

801. Los que enseñan errores de tal suerte enredan a los oyentes con perversas persuasiones y mentirosos argumentos que los meten en una especie de laberinto de donde no puedan apenas salir.

802. Tanta es la astucia de los herejes que mezclan lo verdadero con lo falso, lo bueno con lo malo, y entre cosas saludables ponen generalmente el veneno del error suyo, con el fin de poder persuadir más fácilmente la malicia del perverso dogma bajo el manto de la verdad.

803. Por lo general los herejes redactan sus dichos bajo nombre de doctores católicos para que al ser leídos sean creídos sin ninguna duda. Algunas veces interpolan sus blasfemias con dolo escondidas en los libros de los nuestros y corrompen la doctrina verdadera adulterándola, a saber: unas veces añadiendo cosas impías, otras quitando las que son piadosas.

804. Cautamente han de meditarse y con sentido de prudencia han de probarse las cosas que se leen, a fin de que según las advertencias del Apóstol mantengamos las que son verdaderas y rechacemos

las que son contrarias a la verdad, y de tal manera seamos instruidos por las buenas, que permanezcamos ilesos de las malas.

CAPITULO XIII

De los libros de los Gentiles

805. La razón por que se prohíbe a los cristianos leer las ficciones de los poetas es porque, mediante el placer de las inanes fábulas, despiertan el alma a los incentivos libidinosos. Porque no se inmola a los demonios sólo quemando incienso, sino también recibiendo sus dichos con gran voluntad o complacencia. (Distinct. 37 Can. a Grat).

806. Por la exageración y ornato del discurso algunos recreáanse más al recitar los dichos de los Gentiles, que no las Santas Escrituras a causa del estilo sencillo. Mas ¿qué utilidad hay en aprovechar mucho en las doctrinas mundanas y quedarse vacío en las divinas?, ¿entusiasmarse con ficciones caducas y hastiarse de los misterios celestes? Hay pues que precaverse contra tales libros y evitarlos por amor de las Santas Escrituras.

807. Los libros de los Gentiles brillan exteriormente por la elocuencia de las palabras, mientras que interiormente están vacío de la sabiduría virtuosa; al contrario la elocuencia sagrada preséntase desaliñada en las palabras, pero interiormente destella en la sabiduría de los misterios. Por lo cual dice también el Apóstol (2 Cor. 4, 7): *Mas este tesoro lo llevamos en vasos de barro.*

808. Porque la palabra de Dios tiene un escondido brillo de sabiduría y de verdad depositado en los humildísimos vasos de las palabras.

809. Los libros santos están escritos en estilo sencillo para que los hombres sean guiados a la fe mediante aquellos *con los efectos sensibles del espíritu y de la virtud de Dios* (I. Cor., 2, 4). Porque de haberse publicado con la sagacidad de un ingenio dialéctico, o con la elocuencia de la Retórica, en manera alguna se atribuiría la fe de Cristo a la virtud de Dios, sino que diríase que está en pie por los argumentos de la elocuencia humana, y no creeríamos que alguien fuese provocado a la fe por divina inspiración, sino antes bien seducido por la astucia de las palabras.

810. Toda la ciencia humana que resuena con palabras espumosas y que se alza con la hinchazón de la elocuencia, quedó debilitada por la sencilla y humilde doctrina de Cristo, según dice San Pablo (1 Cor., 1, 20): *¿No es verdad que Dios ha convencido de fatua la sabiduría de este mundo?*

811. Las Santas Escrituras gustan menos a los hastiados y locuaces por causa del lenguaje sencillo, porque comparadas con la elocuencia gentil parécenles cosa indigna. Pero si con espíritu humilde piden atención a sus misterios, al momento advierten cuán altas son las cosas que en las Escrituras desestiman.

812. En la lectura debe amarse no las palabras, sino la verdad. Mas no pocas veces la verdad se encuentra en la sencillez y la falsedad en los adornos. Esta halaga al hombre para sus errores, y por el ornato del lenguaje siembra placenteros lazos.

813. El deseo de la ciencia mundana no se ocupa en otra cosa que en levantar con alabanzas al hombre. Y cuando fueren mayores los adornos de la literatura, tanto más se esponja el tumor del ánimo inflado por la arrogancia. Bien dice el Salmo (70, 15, 16), mirando a esto: *Como yo no entiendo de literatura o sabiduría mundana, me internaré en la consideración de las obras del Señor.*

814. No debe anteponerse el barniz del arte gramatical a los escritos más sencillos, porque más valen los tratados comunes por ser más sencillos y que tratan de la humildad propia de los lectores, que los otros más inicuos que inducen las mentes humanas a perniciosa soberbia.

815. Con todo mejores son los gramáticos que los herejes, porque éstos propinan copas de mortífero jugo persuadiendo, y la enseñanza de los gramáticos hasta puede ser provechosa para la vida, con tal que se emplee para los usos mejores.

CAPITULO XIV

De la conferencia o colación.

816. Siendo la lectura de utilidad para instruir, si se le añade la conferencia es de más provecho para entenderla. Mejor es conferir que sólo leer.

817. Y la conferencia causa docilidad: porque con las cuestiones propuestas exclúyese la lentitud de las cosas y con frecuencia la verdad latente se descubre por las objeciones. Pues colacionando o confiriendo pronto se ve lo que es oscuro o dudoso.

818. En la conferencia sirven de mucho los ejemplos. Porque las cosas que se advierten menos por sí mismas, comparándolas con otras se aprenden con facilidad. Y las divinas Escrituras insinúan frecuentemente las utilidades espirituales bajo símbolos, y como no sea mediante una exposición evidente, apenas si se vislumbran los misterios ocultos.

819. Pero del mismo modo que la colación suele instruir, así la contienda suele destruir. Porque ésta, abandonado el sentido de la verdad, engendra los pleitos, y combatiendo con palabras llega hasta blasfemar contra Dios. De ahí tanto las herejías como los cismas, con los que ser pervierte la fe, se corrompe la verdad y se desgarran la caridad.

820. El empeño de los contenciosos es luchar, no en favor de la verdad, sino en favor de su ambición de gloria. Y hay en éstos perversidad tan grande que no se avienen a ceder a la verdad y luchan para desvirtuar la recta doctrina.

821. En la discusión de los fieles debe evitarse la artificiosa sutileza de las proposiciones, que tiende lazos con astutas objeciones; porque de tal manera embrollan la discusión los malos con astutas aserciones, que simulan ser cosas rectas las perversas que persuaden.

822. La lectura tiene necesidad de la memoria. Y dado que ésta sea de natural más tarda, se aguza con la frecuente meditación y se adquiere por la asiduidad en leer.

823. A veces la lectura prolija, por causa de la duración, sofoca la memoria del lector. Pero si la lectura es corta y retirado el libro se revuelve en el ánimo la sentencia, entonces léese sin cansancio y lo que se ha leído, recapacitándolo, en manera alguna se va de la memoria.

824. Más aceptable para los sentidos es la lectura silenciosa que la en voz alta, porque se instruye más el entendimiento cuando la voz del lector descansa y la lengua se mueve silenciosamente. Porque leyendo alto se fatiga el cuerpo y la agudeza de la voz se embota.

CAPITULO XV

De la contemplación y de la acción.

825. Vida activa es la inocencia de las obras buenas, contemplativa es la especulación de lo sobrenatural: aquella es común a muchos, más ésta es de pocos.

826. La vida activa hace buen uso de las cosas mundanas, la contemplativa empero, renunciando al mundo, se deleita en vivir para Dios solo.

827. Quien primero aprovecha en la vida activa sube bien a la contemplación. Justamente es levantado en ésta quien fue hallado útil en aquella. Quienquiera que está aún aficionado a la gloria temporal o a la concupiscencia carnal, tiene impedimento para la contemplación, hasta tanto que se limpie de ello ejercitándose en los actos de esta vida. Porque en la vida activa se han de agotar primero todos los vicios mediante la práctica de obras buenas, para que en la contemplativa cada uno pase a contemplar con intensidad a Dios con el alma ya purificada. Y por más que el converso desee subir al instante a la contemplación, sin embargo la prudencia obliga a permanecer primero en los ejercicios de la vida activa.

828. Modelo de la vida activa y contemplativa tómallo de Jacob, quien destinado primero para Raquel, que simboliza la contemplación, fuéle sustituida Lía, que es la vida trabajosa y simboliza la activa.

829. Así como el sepultado está alejado de todo asunto terreno, así el dedicado a la contemplación se aleja de espaldas a toda ocupación actual. Y como los que suben de la vida actual quedan sepultados en el reposo de la contemplación, así los que se retiran de los negocios seculares son recibidos por la vida activa como para ser sepultados; y esto mediando se verifica que la vida activa es sepulcro de la vida mundana, y la contemplativa es sepulcro de la vida activa.

830. Los varones santos, así como del retiro de la contemplación salen en público para actuar, así otra vez de la actuación pública se vuelven al retiro íntimo de la contemplación para alabar a Dios en su interior, en donde recibieron con qué trabajar fuera para gloria de Dios.

831. Así como es costumbre del águila fijar siempre la vista en el rayo del sol y no retirarla más que para conseguir la caza que

comer, así también los santos vuelven a veces de la contemplación a la vida activa, considerando que aquellas alturas son muy útiles, pero de modo que las cosas viles son para nuestra indigencia un tanto necesarias.

832. En el género de la vida activa la intención del hombre camina con perseverancia, pero en la contemplación se recoge por intervalos, porque se fatiga con la duración de contemplar.

833. La visión de Ezequiel sobre los animales que iban y no volvían, corresponde a la perseverancia de la vida activa; la de los animales que iban y volvían pertenece al módulo de la vida contemplativa, en la cual mientras uno al verse azotado por la debilidad vuelve sobre sí y retrocede, renovada otra vez la intención, levántase allí de donde había descendido. Lo que no puede hacerse en la vida activa, de donde si uno se desvía, al punto caen en los excesos del vicio.

834. El ojo derecho, que escandaliza y que mandó el Señor sea arrancado, es la vida contemplativa. Dos ojos en la cara son en el hombre vida activa y contemplativa. Por tanto quien por la contemplación enseñara un error, es mejor que arranque el ojo de la contemplación, conservando para sí el ojo único de la vida activa, a trueque de que resulte más provechoso el encaminarse a la vida por la activa, que ir al infierno por el error de la contemplación.

835. Muchas veces el alma se levanta de los seres más viles a las mayores alturas, otras empero desde las alturas vuélvese a lo más abyecto arrastrada por el peso de la carne.

836. Dios visita con su gracia a muchos de entre los carnales y los levanta a la cúspide de la contemplación, y a muchos por sus justos juicios privalos de la contemplación y caídos los abandona en trabajos terrenos.

CAPITULO XVI

De los menospreciadores del mundo.

837. Las cosas que a los amadores del mundo son caras, rehúyenlas los santos como adversas: más se gozan con las adversidades del mundo, que no se deleitan con las prosperidades.

838. Alejados están de Dios aquellos a quienes este siglo proporciona toda suerte de comodidades. Que a los servidores de Dios todo lo de este mundo les es contrario; a fin de que con más ardor se exciten a desear lo celestial, mientras que sienten serles contrario lo de la tierra.

839. Quien es despreciable para este mundo, brilla con gracia grande en la presencia de Dios, porque en verdad es preciso que sea amado de Dios quien es del mundo aborrecido.

840. Leemos que los varones santos eran huéspedes y peregrinos en este mundo; y aun Pedro fue reprendido porque pensó en fijar el tabernáculo en el monte: porque los santos no tienen aquí tabernáculo, ya que tienen su casa y patria en el cielo.

841. Para esto los varones santos desean despreciar el mundo y dirigen a lo alto el ímpetu del alma, para recogerse allí de donde ha descendido y salir de aquí donde están desparramados.

842. Los justos que renuncian a los bienes, honores y delicadezas de la vida, se privan además de toda posesión terrena con el fin de vivir para Dios; y por tanto pisotean los halagos de este siglo para levantarse más robustos para la mortificación de esta vida. Porque todas las cosas temporales se secan y pasan como hierbas frescas: por lo cual el servidor de Dios las desprecia justamente por las eternas, que nunca se marchitan: en aquellas no encuentra estabilidad.

843. Quien después de renunciar al mundo ansía con santos anhelos la patria suprema, levántase de esta terrena ocupación como con unas alas y gimiendo mira de dónde había caído, y cuando haya llegado dilátase con gozo grande. Mas quien salido del retiro de la contemplación cae en los cuidados de este siglo, si recapacita en su memoria, pronto suspira; y conoce cuánta era la tranquilidad que ha perdido y cuánta es la confusión en que ha caído, por la dificultad misma de su trabajo. Pues ¿qué cosa en deseos terrenos? O ¿qué hay aquí más seguro que el no apetecer cosa de este siglo? Porque quienes aman este mundo están conturbados con turbulentos cuidados y solitudes de él; pero quienes le odian y no le siguen, gozando de tranquila interior paz, comienzan aquí a tener ya de alguna manera el descanso de la paz futura que allá esperan.

CAPITULO XVII

De los santos que se retiran del trato mundano.

844. Los varones santos que renuncian totalmente al siglo, de tal manera mueren al mundo, que solamente se gozan en servir a Dios solo; y cuanto se sustraen de la conversación de este siglo, tanto con la intensidad del alma contemplan interiormente la presencia de Dios y disfrutan de la compañía de los Angeles.

845. Son tan manifiestas las obras inicuas de los malos, que quienes desean la patria de arriba no tan sólo huyen de sus costumbres, sino también de sus reuniones. Y algunos desean estar corporalmente separados de los malos para no verse envueltos en los delitos de ellos. Otros aunque no con separación corporal, sí se retiran espiritualmente de la intención de aquellos; éstos aunque se comunican por la conversación, con todo están separados de corazón y de obra. Y por más que frecuentemente Dios protege la vida de los elegidos en medio de los carnales, es sin embargo bastante raro que, puesto uno entre los placeres del siglo, permanezca limpio de vicios, en los que si no se enreda pronto, por lo menos alguna vez es atraído. Porque no podrá estar seguro largo tiempo quien estuviere próximo al peligro.

846. Vía sin tropiezo la vida del monje, sin el impedimento de codicias y temores. Porque cuando alguien se retira del consorcio mundano, la codicia no le obliga a consentir ni le atormenta a sentir.

847. Bueno es estar alejado corporalmente del mundo, pero mucho mejor es estarlo de corazón. Y estarlo de ambas maneras perfecto. Por tanto es perfecto quien está separado de este siglo con el cuerpo y con el corazón.

848. El onagro, que es asno silvestre, desdeña la ciudad, como dice Job; y los monjes la conversación ordinaria de los ciudadanos seculares. Estos monjes apetecen las adversidades de nuestra vida, desprecian las comodidades, a trueque de encontrar la vida futura, en tanto que menosprecian esta vida.

CAPITULO XVIII

De los preceptos más elevados de los monjes.

849. Unos son los preceptos que se dan a los fieles que viven vida ordinaria en el siglo y otros a quienes renuncian al siglo. A los primeros se les dice que desempeñen bien todo lo suyo, sus bienes; a los segundos se dice que dejen toda su hacienda. Aquellos están obligados por los preceptos generales; éstos viviendo más perfectamente remontan los preceptos generales.

850. Para la perfección no es bastante haber renunciado a todos sus bienes, si cada uno no se niega también a sí mismo. Pero ¿en qué consiste negarse a sí mismo, sino en renunciar a los propios gustos? De suerte que quien era soberbio, sea humilde; quien iracundo, desee ser manso. Porque si no renuncia a todo cuanto posee, de tal modo que no renuncia también a sus costumbres, no es discípulo de Cristo. Pues el que renuncia a todas las cosas, renuncia y niega sus bienes; pero quien renuncia a las malas costumbres, se niega a sí mismo. Por esto el Señor (Math. 16, 14) dice: *Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo.*

CAPITULO XIX

De la humildad del monje y de su labor.

851. La suma virtud del monje es la humildad y el vicio sumo es la soberbia. Entonces téngase uno por monje cuando se estime por nada, aun cuando haya ejecutado las mayores obras de virtud.

852. Quienes abandonan el mundo y a pesar de ello siguen los preceptos de las virtudes sin humildad de corazón, éstos caen más gravemente como de una altura, porque por la soberbia de las virtudes se hundan mucho más que cuanto por los vicios pudieron sumergirse.

853. Todo siervo de Dios debe no engreírse de sus méritos, conociendo ser posible que algunos de entre los inferiores le estén preferidos. Y sepan todos los santos no anteponerse a la vida de los otros. La conciencia del siervo de Dios debe ser siempre humilde y triste, es decir, que por humildad no se ensoberbezca y por tristeza provechosa no abandone el corazón a la lascivia.

854. Cuando el siervo de Dios hace alguna buena obra, está incierto si lo que hace le servirá para ser recompensado por bueno, por si acaso en el juicio del juez celestial se encontrase que en algo de lo hecho en las cosas de Dios ha habido negligencia o soberbia. Por lo cual se entristece de esto mismo y se aflige y se turba constantemente, acordándose sin duda de que está escrito (Jer. 48, 10): *Maldito aquel que ejecuta con negligencia la obra del Señor*. Pues en verdad somos condenados si practicamos con negligencia las obras que son buenas.

855. Es preciso que el siervo de Dios lea, ore y trabaje sin cesar; para que el espíritu de fornicación no arrebathe el alma que casualmente está ociosa. La voluptuosidad, que pronto se apodera del alma ociosa, no resiste al trabajo. Mira a Salomón envuelto en fornicaciones por causa del ocio y caído hasta en idolatría por causa de la fornicación.

CAPITULO XX

De la tibieza de los monjes.

856. Quienes no practican la profesión del monje con intención inflexible, cuanto con más flojedad se dirigen a conseguir el amor sobrenatural, tanto con mayor tendencia se encaminan nuevamente el amor mundano. Porque la profesión que no es perfecta vuelve a los deseos de la vida presente, en los cuales por más que de hecho no se vea atado el monje, pero ya se ata con amor de pensamiento. Porque el ánimo que tiene esta vida por dulce está lejos de Dios. Y el tal no sabe qué apetecer de los bienes superiores, qué huir de los ínfimos. Pues escrito queda (Eccles. 1, 16): *Quien acrecienta el saber, también acrecienta el trabajo*.

857. Porque cuanto alguien pudiera conocer los bienes superiores que apetecer, tanto más acerbamente debe dolerse de los ínfimos a que se encuentra apegado. Que por esto dice el Apóstol Santiago (4, 9): *Mortificaos y plañid, y sollozad; truequese vuestra risa en llanto, y el gozo en tristeza*. Y también el Señor dijo: *Bienaventurado los que lloran, porque ellos serán consolados* (Mt. 5, 5). Y otra vez: *Ay de vosotros, los que reís, porque lloraréis!* (Lc. 6, 25).

858. Quien en la profesión de la santidad pretende esto, a saber, ser algún día quien preside a los otros, ese tal no es discípulo de Cristo, sino que es seguidor de la maldad; porque pretende llevar el trabajo de la cruz de Cristo, no por la gloria de Dios, sino por los hombres del siglo.

CAPITULO XXI

De los monjes que están ocupados en negocios seculares.

859. Los que renuncian al siglo por temor de Dios y no obstante se implican en cuidados de los asuntos de familia, cuanto se ocupan en diligencias asuntos, tanto se apartan de la caridad divina. Quienes pretenden simultanear el obedecer a cuidados terrenales y el ejercitarse en las cosas de Dios, no pueden abrazar a la vez ambas cosas. Porque no cabe que en pecho humano haya a una dos cuidados: es muy difícil que quien sirve a dos señores complazca a entrambos.

860. Si primero no se expulsa de lo más recóndito del corazón la importuna multitud de preocupaciones seculares, el alma que dentro está enferma, no se repondrá jamás. Porque en tanto que se disipa en incontables pensamientos del siglo, no se recoge para pensar en sí misma.

861. Es reprehensible la desidia de los que, deseando servir a Dios, renuncian al mundo y desprecian sus propios asuntos, pero que mientras procuran el provecho de los allegados, sepáranse del amor de Dios.

862. El varón espiritual de tal manera debe aprovechar a sus parientes que, en tanto que cuida de prestarles apoyo material, de ningún modo decline él de su método de vida espiritual. Porque muchos monjes, por amor de los parientes, no sólo se hallan envueltos en negocios seculares, sino que hasta en los pleitos están metidos, y por salvar a los suyos en lo temporal, pierden ellos sus almas.

863. A veces es ordenada discreción el negar a los parientes próximos lo que se presta al extraño, a fin de que conozcas que no se te prohíben los deberes de piedad, sino que renuncies al afecto carnal. Porque con los parientes se hace por afecto carnal lo que con piedad se da a los extraños.

864. Al modo que no debemos aborrecer nuestra alma, pero debemos odiar sus aficiones carnales; así tampoco tenemos que aborrecer a los parientes, sino los estorbos suyos que no sacan del camino derecho; no obstante que el Señor nos manda odiar a los parientes lo mismo que a nuestras almas.

865. Figura de los santos varones que renuncian al siglo fueron las vacas de los Filisteos que llevaban el arca de Dios. Pues así como aquellas no se desviaron del camino recto por amor de los terrenos, así el varón que renuncia al mundo, no debe ser estorbado en su buena norma de vida por atender a la parentela.

CAPITULO XXII

*De los que se ven estorbados por el amor mundano
para el amor de Dios.*

866. Muchos desean volar a la gracia de Dios, pero temen carecer de los gustos mundanos. Ciertamente el amor de Cristo los provoca, pero la codicia del siglo los retrae. Además, éstos se olvidan de sus propósitos porque están cogidos por los vanos contentamientos.

867. Alma, seas la que fueres, que estás envuelta en las borrascas de este mundo: Sube al árbol de la Cruz, para que te libres del mar, es decir, de la tempestad de este siglo. Nadie te salvará del lago de la muerte humana, como Cristo no te librare.

868. Quien ha prometido renunciar al siglo hácese reo de transgresión si cambió de voluntad. Y atrozmente han de ser castigados en el juicio divino los que menospreciaron cumplir de hecho lo que en la profesión prometieron.

869. Admirablemente está comparado quien pone conato en volver a Dios desde las mundanas delicias, mientras le retienen las concupiscencias mundanales, al otro que hace esfuerzos para levantarse mientras duerme y está deprimido por el sopor del sueño. Porque el primero sabe volver a lo bueno, mas no se lo consienten las luces de los placeres; el segundo quiere preferentemente despertar, pero está sujeto por la inacción del sopor.

870. Los que del bien han caído en el mal, hácese más negros que los carbones apagados; porque el fuego de la caridad de Dios se

apagó por la tibieza del alma, y privados por causa del apetito mundano de la luz soberana de iluminación, se oscurecen en la negrura de los pecados.

871. Algunos matan las aspiraciones del bien obrar por miedo de la indigencia, y son estorbados para llevar a cabo los deseos de una voluntad débil, y en tanto que temen ser indigentes en este mundo, a sí mismos se quitan la gloria eterna.

872. Con muchas argucias de consejos pone el diablo asechanzas para que, quienes tenían hecho voto de estar contentos con poco y con escaseces, adquieran muchísimos. Porque les hace presente la futura necesidad de los hijos, les persuade que adquieran mucho a fin de tener bastante para sí y para los indigentes; y con tales pretextos cambia la intención de la obra buena y arrastra hacia el lucro terreno al alma seducida.

873. Con muchas argucias pone el diablo emboscadas a los que renuncian al siglo a fin de que nuevamente se sometan a su amor. Y con más gravedad hierde con las codicias mundanas a los que, después de haber renunciado al mundo, ha reducido nuevamente a su amor. Y máxime el diablo somete al monje por la vanagloria: de modo que a quien no pudo retener por amor del siglo, lo derribe de la cima de la humildad y por el tumor de la soberbia se lo somete como súbdito.

874. El siervo de Dios debe prever siempre las asechanzas del diablo, engañador perpetuo, y debe cautelarse sobre todo en las obras buenas, para que no se pierda por vanagloria y perezca y pierda todos los bienes obtenidos con su recto proceder.

CAPITULO XXIII

De la jactancia.

875. Tanto en las palabras como en las obras debe huírse la jactancia; pero es para llorarse la ruina de quien pone más empeño en complacerse a sí que en agradecer a Dios y en buscar las humanas alabanzas.

876. Vano es y completamente equivocado el ánimo que pone su cuidado en desear fama y anda ocupado en adquirir terrenas alabanzas. ¡Oh hombre! mírate, remírate, y no te atribuyas nada de cuan-

to hay en ti, como no sea el pecado. No se inclina al lado derecho quien no se atribuye los bienes que hace, sino a Dios; y no se vuelve al izquierdo quien no toma licencia para pecar con motivo de la divina indulgencia. Esto es lo que dice el Profeta (Isa. 30, 21): *Este es el camino, andad por él; y no torzáis ni a la derecha ni a la izquierda.*

877. Verdad es que la naturaleza apetece recrearse en las alabanzas; mas sólo entonces hácenlo rectamente si en Dios, no en sí, es uno alabado, conforme a lo escrito (Ps. 33, 3): *En el Señor se gloriará mi alma.*

878. A veces despreciando la vanagloria se cae en otro género de soberbia, cuando se gloría uno de que desprecia las alabanzas de los hombres.

879. A algunos se ha concedido solamente que obren bien, y no recogen el fruto de la obra buena, porque ellos se lo quitan con su empeño de humana jactancia.

880. Miren siempre la fealdad de la vanagloria los que aman los favores de ella, y duélanse de haber perdido la obra buena que hicieron por vana ostentación.

881. El amator de la vanagloria es incansable en hacer por qué pueda siempre ser alabado, y de vez en cuando el mal deseo de la vanidad acrece las fuerzas.

882. El comienzo de una obra buena no debe llegar cuanto antes al público conocimiento de los hombres; a fin de que, mientras se descubre a las miradas el comienzo de la obra buena, no se evapore el principio de la santidad y quede vacío del valor de la perfección. Las mieses que florecen antes de tiempo, mueren pronto y las semillas son inútiles.

883. Las virtudes de los santos por el apetito de ostentación quedan sometidas al dominio de los asquerosos demonios, como el Rey Ezequías, quien por jactancia enseñó a los Caldeos las riquezas y por este motivo oyó del Profeta que las perdería: para significar que el siervo de Dios pierde sus virtudes, cuando las publica por vanagloriarse, y al momento a los demonios hace señores de sus obras, al modo que el Rey Ezequías, por ostentación, hizo a los Caldeos dueños de sus riquezas.

884. La discreción mejor es aquella mediante la cual nuestras obras sean conocidas con el fin de aumentar la gloria de Dios y queden ocultas en evitación del orgullo humano. Así pues quien asen-

tado en profunda humildad ya no se siente conmovido por engrimiento alguno, debe hacer público el bien que practica; mas quien conoce que todavía está empujado por afición de alabanza, haga ocultamente sus obras buenas para no perder lo que haya practicado.

885. Los varones santos algunas veces están atacados del tumor de la soberbia, en tanto que desean profundamente corregir su inconstancia, siendo conscientes de su acción justa; pero se limpian del mal de esta subrección por la humilde compunción.

886. Alguna vez los varones santos hablan de sí a los oyentes, y no obstante guárdanse con mucha humillación en esto, para que mientras a los otros levantan de los pensamientos terrenos, no sean ellos sumergidos por el apetito de la terrena alabanza.

887. Unos por incauta jactancia de las virtudes vuelven a caer en los vicios, y otros en tanto que con frecuencia lloran el empuje de los vicios, por humildad cúranse mejor de la misma enfermedad.

888. Generalmente a los arrogantes es útil quedar abandonados de Dios, ya que al conocer su flaqueza vuelvan a la humildad y después de la caída persistan humildes.

889. Algunos se tienen por perfectos, no siéndolo, con falsa opinión de arrogancia: éstos se conocerán en las tentaciones que vengan.

890. Tanto más cercano de la verdad está uno, cuanto más apartado haya creído hallarse. Esto es propio de la humildad, que junta al hombre con Dios. Además los ojos con que podía ser Dios visto, la jactancia los cierra.

891. Al modo que cuando se mira al sol se ofuscan los ojos, así también el que sin modo escudriña cosas más altas, es ofuscado por la intensa verdad.

892. Como el águila que desde las alturas se abate a las presas, así el hombre que de la cumbre de una vida santa se sumerge en lo terreno por seguir el apetito del cuerpo.

CAPITULO XXIV

De la hipocresía.

893. El hipócrita tiene palabras de los santos, la vida de los santos no la tiene: a los que engendró por la comunicación de la doctrina, no fomenta con ejemplos: si con la palabra edifica, con la vida y las costumbre destruye.

894. A los hipócritas llámase simuladores, que no buscan el ser justos, sino que desean parecerlo. Estos hacen el mal y profesan el bien, pues mientras que por ostentación aparecen buenos, por sus hechos son malos.

895. Los simples pueden perpetrar todos los pecados, pero la simulación y la hipocresía no la cometen más que los muy astutos y sagaces, que saben cubrir los vicios con el manto de las virtudes y ofrecer la santidad no verdadera.

896. Los Santos no sólo no apetecen gloria que no corresponde a su vida, sino que huyen de parecer lo que han merecido ser; mas los hipócritas para ser venerados, tapando lo vergonzoso de sus maldades, preséntanse a las miradas de los hombres revestidos de cierta inocencia de santidad. A los tales dice bien la divina palabra (Mt. 23, 27, 28): *¡Ay de vosotros escribas y fariseos hipócritas!, porque sois semejantes a los sepulcros blanqueados, los cuales por afuera parecen hermosos a los hombres, mas por dentro están llenos de huesos y de todo género de podredumbre. Así también vosotros en el exterior os mostráis justos a los hombres; mas en el interior estáis llenos de hipocresía y de iniquidad.*

897. Doblemente se condena a los hipócritas, por su oculta malicia y por su manifiesta simulación. Por lo primero se los condena porque son iníquos; por lo segundo porque ostentan lo que no son.

898. No siempre están ocultos los hipócritas, pues aunque algunos no se descubran en un principio, sin embargo descúbrense antes que se les acaba la vida que con simulación vivieron. Porque todo lo sincero es permanente, mientras que lo simulado no puede ser duradero.

899. No ha de desesperarse la salvación de los que todavía tienen algún gusto terreno, mientras que puedan también hacer oculta-mente por qué ser justificados. Porque éstos son mejores que los hipócritas, por cuanto si son malos manifiestamente, también son bue-

nos ocultamente; los hipócritas empero son malos ocultamente y se presentan como buenos en público.

900. El justo se ve contenido de reprender al hipócrita, para que castigado éste no se haga peor, como advierte Salomón (Prov. 4, 8): *“No quieras redargüir al mofador, para que no te aborrezca”*.

CAPITULO XXV

De la envidia.

901. La envidia del bien ajeno atormenta a su autor. Pues por lo que el bueno adelanta, por lo mismo el envidioso se consume.

902. Los hombres que viven malamente, así como se gozan en las caídas de los buenos, así quedan confusos por las obras rectas y por la perseverancia de los buenos.

903. El envidioso es un miembro del diablo; por envidia del diablo entró la muerte en la tierra; como también el soberbio es un miembro del diablo. De éste hay escrito: *“Ve todo lo sublime, y él mismo es rey sobre todos los hijos de la soberbia”* (Job, 51, 25).

904. Ninguna virtud hay que no tenga por contrario el mal de la envidia. Sola la miseria está libre de envidia, porque nadie tiene envidia del miserable, al cual realmente sale al encuentro, no la envidia, sino la misericordia que se le muestra.

905. Muchos ni quieren imitar a los buenos ni dejan de consumirse con la envidia por los progresos de los buenos. De donde sucede que ellos no se corrigen de su maldad, antes se vuelven peores por la envidia, y si es que pueden, tratan de pervertir a los buenos de su propósito en cuanto de ellos depende.

906. Cuando los buenos vean que los malos prosperan, no se escandalicen y sobre todo piensen en el fin que han de tener.

907. Todo envidioso de las virtudes ajenas realiza lo que Satanás hizo con el bienaventurado Job. Porque emulándole la prosperidad, concibió adversidades; pero cuando el diablo confió que Job podía ser derribado, por lo mismo fuéronle a Job acrecentados los merecimientos y tanto más resplandecieron ejemplos de paciencia los más dignos de elogio.

908. Los envidiosos buscan la entrada de la mala fama por la

que mancillan la vida de los buenos, como los Sodomitas buscaban la puerta para entrar en la casa de Lot y dañarle. Pero aquellos atacados de la ceguera de error veían las paredes, mas no daban con la puerta. No de otra suerte los envidiosos, envidiando disimulan, como una pared, las virtudes, pero buscan los vicios que abrasen la conciencia de los buenos.

CAPÍTULO XXVI

De la simulación.

909. Un género hay de fraudulencia que a manera de aljaba esconde sutilmente las saetas de las insidias, para acusar falsa seguridad y engañar astutamente a aquél contra quien se maquina solapadamente.

910. El enemigo que está manifiesto debe temerse, pero más el que no puede ser visto. Porque fácilmente vencemos a quien vemos, mas a quien no vemos, con dificultad lo rechazamos.

911. El hombre rara vez es perjudicado por los extraños, si los suyos no le hacen daño. Más peligramos por las emboscadas de los nuestros, que por las de los extraños.

912. Muchas veces los venenos ocúltanse rodeados y envueltos en miel de palabras, y el engañador simula bondad por tanto tiempo, cuanto necesita para engañar.

CAPÍTULO XXVII

Del odio.

913. Los vicios, no los hombres, han de ser odiados.

914. Y amargamente han de ser llorados con lágrimas los que se consumen por odiar al hermano y observan dañosa doblez de ánimo en contra de los otros.

915. Pues los que se disocian de la caridad, se alejan del reino de Dios.

916. Como la madre Iglesia es malamente oprimida por los he-

rejes y no obstante abraza con benigna caridad a los que vienen a ella; así también cada uno de nosotros, imitando a la madre, soportamos a cualesquiera enemigos y debemos abrazar prontamente a los que retornan.

917. Pronto ha de perdonarse a cualquiera cuando pide perdón.

918. No es posible que se perdonen los pecados al que no perdona al que peca contra él. Porque la norma del perdón nos la puso Dios en razón de nuestra disposición, cuando nos manda orar de este modo: "*Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores*" (Mt. 6, 12). El juicio de Dios es justo y manifiesta que tanto perdona al pecador, cuanto cada uno perdona a quien le ofendió.

919. Algunos confiando en sus merecimientos perezosamente dan el perdón a quienes les ofenden; pero a quien no está preparado para perdonar de nada aprovecha estar limpio de culpa. Porque esta es culpa tanto más grande cuanto más se tarda en perdonar las faltas de los hermanos.

920. Quien más tarda en reconciliar al hermano, más tarda en aplacar a Dios en favor suyo. Quien es negligente en aplacarse pronto con su prójimo en vano busca que Dios le sea propicio.

CAPITULO XXVIII

De la dilección.

921. Dos cosas han de guardarse con respecto al amor o dilección del prójimo: una, el no causarle daño; otra, el procurarle bienes. Lo primero para guardarse de perjudicar; lo segundo para enseñarse a dar.

922. Amistad es sociedad de ánimos. Se establece por dos, ya que la dilección no podría existir entre menos de dos.

923. Dijeron los antiguos que por causa del amor dos amigos tenían una alma en dos cuerpos. Así leemos en los Hechos de los Apóstoles (5, 32): *Tenían un corazón y una alma*. No porque muchos cuerpos tuviesen alma única, sino porque unidos por el lazo y fuego de la caridad, todos generalmente gustaban de lo mismo sin disensión.

924. La amistad, así como hace más dulce lo próspero, así templa lo adverso y lo hace más ligero por la comunión, porque cuando

en la tribulación se encuentra el consuelo del amigo, ni el ánimo se quebranta, ni sufre decaimiento.

925. Pero sólo entonces se ama al amigo, si no se le ama por él, sino por Dios. Y quien ama al amigo por él, neciamente le abraza. Muy sumergido está en la tierra quien ama más que debe a un hombre que carnalmente ha de morir.

926. Generalmente el hombre ama en otro lo que aborrece en sí, como en los infantes. Gustamos de una cierta cortedad en ellos, y con todo la odiamos, porque no queremos ser encogidos. Otro tanto sucede con las joyas, caballos y objetos que por más que nos gusten, no querríamos serlo nosotros, aunque nos fuera posible.

CAPITULO XXIX

De las amistades fingidas.

927. El falso amigo se clarea pronto en las adversidades, porque la amistad en la bonanza no es cierta y no se sabe si es querida la persona o la felicidad.

928. Muchas veces se cultiva simuladamente la amistad a fin de engañar fraudulentamente a quien no pudo engañar al descubierto.

929. Entonces hácese uno más contrario a la piedad y justicia divina, cuando desprecia a un amigo agobiado por alguna contrariedad. En lo cual no sólo se quita la ocasión de merecer, sino que es cruel para con la herida del prójimo. Así aconteció entre Lázaro el llagado y el rico soberbio. Así pues por lo próspero y por lo adverso se comprueba si en verdad se ama a Dios y al prójimo; pues cuando la adversidad sobreviene, descúbrense el falso amigo. Este desdeña al momento al que simuló querer.

930. No hay fuerza que rompa ni tiempo que borre la amistad verdadera, pues de cualquier modo que se presente el tiempo, ella persevera invariable.

931. Raros son los amigos que se quieren hasta morir. A muchos los aleja de la amistad ya una contrariedad temporal, ya la discusión de un hecho.

932. En algunos los honores cambian algunas veces las costumbres, y una vez llegados a las cumbres del honor se desdeñan de tener por amigos a los que antes tuvieron íntimos por amistad.

CAPITULO XXX

De la amistad interesada.

933. Entre los amigos de verdad la amistad nace de benevolencia, entre los amigos falsos se engendra por un favor.

934. No permanecen fieles a la amistad los que están unidos por un presente, no por la afectuosa voluntad. Pues desfallecen pronto como no reciban siempre. El amor que está cimentado en regalos se desmorona una vez se suspendió éste. Amistad verdadera es la que de las cosas del amigo nada más busca que benevolencia, es decir, amar graciosamente al que ama.

935. Generalmente la amistad nace de parentesco o de indigencia, a fin de tener uno por cuya mediación conseguir lo que se desea. Mas aquel que la pretende sin necesidad de nada, la busca de veras. La que nace de indigencia es corta y ficticia, la otra es verdadera y perpetua.

CAPITULO XXXI

De la concordia de los malos.

936. La amistad ha de tenerse sólo para lo bueno y los que la emplean para el mal no son amigos, sino enemigos.

937. La concordia de los malos es contraria a la de los buenos. Y así como es de desear que los buenos tengan mutua paz entre sí, así es de apetecer que los malos anden entre sí discordes. Que la unanimidad de los malos sea contraria a la de los buenos pruébalo el Apóstol Pablo, quien pone en frente de él a los malos, a los que vio que habían convenido en su muerte. Asimismo la Ley: el mar Rojo, símbolo de la concordia de los hombres malos, se divide para que no se estorbe el camino de los escogidos para la felicidad. Y se estorba el camino de los buenos, si el mar, es decir, la unidad de los malos no se rasga.

CAPITULO XXXII

De la corrección fraterna.

938. No debe adelantarse a reprender defectos ajenos quien todavía está dominado de los vicios. Porque reprender a otro de lo que uno en persona es reprehensible no es de aprobar.

939. Quien de veras quiere corregir y curar la enfermedad fraterna, mire de ayudar al provecho del hermano de tal modo que amoneste con humilde corazón a quien desea corregir, y haga esto como por compasión de común peligro, para que tampoco sea él sometido a la prueba.

940. Así como los varones espirituales confían en la enmienda del pecado ajeno, así los protervos insultan con burlas a los que delinquen y en cuanto pueden los juzgan incurables; y no encaminan el corazón a la compasiva misericordia, sino que ensorberbeciéndose detestan y ultrajan.

941. Sucede algunas veces que una discordia entre amigos alimentada por una discusión engendra luego mayor caridad: como cuando se corrigen cosas en el amigo que parecen desagradar, y al principio el avisado no recibe esto sin cierta molestia, mas una vez enmendado, da las gracias. Otros muchos por el contrario rompen el lazo de la caridad por un insignificante daño y se retiran para siempre del amor de dilección.

942. Muchos estiman su corrección un deber de caridad; mas no pocos achacan a injuriosa contumelia el que por caridad sean corregidos. De lo cual resulta que se vuelven peores por lo mismo por que pudieron enmendarse obedeciendo.

943. Los justos aceptan saludablemente cuantas veces son corregidos de sus defectos. Pero es superflua humildad la de los que se acusan de haber hecho lo que no cometieron. Y quien sin arrogancia pública sus buenas obras, sin ningún género de duda no peca.

944. Algunos perversos para quitarse la censura cuando son reprendidos por sus crímenes, se excusan y rechazan las palabras de los justos, remitiéndose al juicio divino, en el cual serán castigados con más dureza por cuanto desprecian ser temporalmente juzgados de los hombres.

945. Los malos tienen la verdad por molesta, la justa disciplina por amarga; y no se deleitan sino en la complacencia de la propia

inbecilidad. son estériles para la justicia y para la verdad, son ciegos para mirar la luz y tienen ojos para ver el error de las tinieblas.

946. El corazón de los réprobos es resbaladizo y flojo para consentir en lo malo, pero durísimo para sentir lo bueno.

947. Comprueba Salomón tanto lo de la corrección del justo, como lo de la amonestación del necio al decir (Prov. 9, 9): *enseña al justo y se apresurará a aprender*. Y poco antes (9, 7), dice del necio: *El que instruye al mofador o impío se acarrea ignominia*.

948. Hay hombres tan malvados que mientras son negligentes para corregirse ellos mismos del mal, censuran con falsas inculpaciones, la vida de los correctores: y para consuelo de su crimen presenten lo que es infamante para los buenos, aunque sepan que es falso, conforme a esto de Salomón: El impío convierte en mal los bienes y en los escogidos pone mancha. Mas ¡ay de aquél que reniega de corregir la vida y no desiste de censurar la de los buenos!

949. Muchos malvados defienden a los que se les parecen en lo malo y ponen a los malos bajo su protección en contra de la corrección de los buenos, para que no se enmienden por estar displicentes: echan sobre sí los delitos ajenos, para ser castigados, no tan sólo por los propios, sino también por los crímenes de los otros cuyos pecados defienden.

CAPITULO XXXIII

De los Prepósitos de la Iglesia.

950. El varón eclesiástico debe estar crucificado al mundo, no solamente por la mortificación del propio cuerpo, sino también por el desempeño del orden eclesiástico, dando que hubiere llegado, no por voluntad propia, sino por voluntad de Dios, recibiendo con humildad el gobierno.

951. Con múltiples fraudes Satanás sorprende a los que descuelan por su buena vida y sentido para presidir y no quieren aprovechar a los otros: y cuando se les impone el gobierno de las almas resisten, teniendo por más seguro llevar vida ociosa que dedicarse a enriquecer almas. Esto hacen engañados por un argumento del diablo mentiroso, que persuade so pretexto de algo bueno, a fin de que, retraídos del

oficio pastoral, de ningún modo adelanten los que habrían podido instruirse con sus palabras y ejemplos.

952. Los varones santos no apetezen los cuidados de las ocupaciones del siglo, sino gimen por los que llevan impuestos por secreta disposición. Y aunque los huyan por mejor intención, con todo los sobrellevan por ánimo sumiso. Pero si les resulta lícito, en gran manera se dan prisa a evitarlos; mas temiendo la secreta disposición de Dios, aceptan lo que huyen, ejercen lo que sabido es que evitan. Recógense en su corazón y consultan allí qué pretenda la voluntad de Dios; y conociendo que deben ser súbditos sumisos de las soberanas disposiciones humillan la cerviz del corazón al yugo de la divina disposición.

CAPITULO XXXIV

De los Prepósitos indignos.

953. No deben ser promovidos al gobierno o régimen de la Iglesia quienes todavía están sometidos a los vicios. De ahí que se mandó a David no edificar un templo visible, porque en razón de las frecuentes guerras era hombre sanguinario. Figura con la cual los que están aún dados a la corrupción de los vicios son amonestados que no edifiquen templo, es decir, que no presuman enseñar a la Iglesia.

954. No debe subir al puesto de honor quien no sabe ir delante de los subordinados en el camino de la vida mejor. Porque no está uno puesto al frente sólo para castigar las culpas de los súbditos y él entregarse a los vicios.

955. Quien pretende con empeño el régimen del sacerdocio, discuta en su conciencia, examine si su vida dice bien con el honor; y si no discrepa, acérquese con humildad a lo que siente vocación. Doble la culpa quien con conciencia de pecado aspira a la dignidad sacerdotal-episcopal.

¡Ay miserable de mí, sujeto con lazos indisolubles, que si el gobierno de la Iglesia que recibí detento, consciente de crimen me atemorizo, y si lo dejo para que no sea mayor la culpa, temo aún más abandonar la grey recibida! De todos modos temo yo miserable y no se qué hacer en tan grande apuro.

956. La caída de cualquiera es tanto más criminosa cuanto más virtuoso era antes de caer, porque la grandeza de las anteriores virtudes aumenta el cúmulo de los delitos anteriores.

957. La mayor parte de los sacerdotes-obispos desean presidir más por su provechos que por utilidad de la grey, y no codician ser nombrados obispos para aprovechar, sino más bien para hacerse ricos y ser honrados. Suben a la cumbre de la dignidad no para el régimen pastoral, sino por ambición del honor, y descuidando el trabajo de la dignidad, tan sólo apetecen el nombre de la dignidad.

958. Los malos sacerdotes, aunque no sean nombrados sin el conocimiento de Dios, no son obstante desconocidos de Dios, que por el Profeta lo atestigua: *Fueron levantados príncipes, pero no los conozco* (Os. 8, 4). Ahora bien, el no conocer Dios es reprobar, puesto que Dios lo conoce todo.

CAPITULO XXXV

De los Prepósitos ignorantes.

959. Así como los malos y pecadores deben estar alejados del ministerio sacerdotal, así los indoctos e imperitos sean retirados. Porque aquéllos con sus ejemplos corrompen la vida de los buenos; éstos por su ignorancia no pueden corregir a los malos. Pues ¿cómo es posible que enseñen lo que no aprendieron? Deje las cátedras quien no sabe enseñar. Que la ignorancia de los prelados no es conveniente para la vida de los súbditos, pues *si un ciego se mete a guiar a otro ciego, entrambos caen en la hoya* (Mt., 15, 14).

960. Por Isaías Profet (56, 11) desapueba así el Señor a los sacerdotes indoctos: *Los pastores mismos están faltos de toda inteligencia*. Y otra vez: *Ciegos son todos su atalayas*, es decir, los obispos imperitos, *ignorantes todos; perros mudos impotentes para ladrar*, o sea, impotentes para defender por la palabra de doctrina los pueblos encomendados y resistir a los malos.

CAPITULO XXXVI

De la doctrina y ejemplos de los Prepósitos.

961. El Doctor eclesiástico debe ser esclarecido tanto en su vida, como en la doctrina; porque la doctrina sin la vida hácele arrogante, la vida sin la doctrina le vuelve inútil.

962. La predicación del sacerdote debe estar confirmada con sus obras, de tal manera que lo enseñado de palabra lo informe con su ejemplo. Pues la doctrina a la que se conforme el modelo de la vida tiénese por verdadera. Así como no hay cosa más fea que el descuidar poner en práctica lo que se predica bien en el sermón. La predicación resulta útil cuando efizcamente se cumple.

963. Cada uno de los Doctores ha de poner empeño en obrar y predicar bien, pues lo uno sin lo otro no le hace perfecto; pero el justo vaya delante con el bien obrar para que luego pueda bien enseñar.

964. Todo Doctor útil a los pueblos subordinados de tal manera debe presentarse e insistir en la doctrina que cuanto más esclarecido sea en la palabra, otro tanto brille por los méritos. Pues lo que con todo imperio manda el Apóstol a Timoteo que enseñe, no es exhortación a hincharse por la soberbia, sino a que lo autorice la buena vida, a saber: para que no perdiera la libertad de predicar si enseñaba bien y vivía mal. Por lo que dice el Señor (Math. 5, 19): *El que violare uno de estos mandamiento por mínimos que parezcan, y enseñare a los hombres a hacer lo mismo, será tenido por el más pequeño en el reino de los cielos.* Ve cómo carece de autoridad de magisterio quien no hace lo que enseña.

965. Así como en la moneda se atiende al metal, a la figura y al peso, así de todo doctor en la Iglesia se pregunta qué sigue, qué enseña, cómo vive. De tal manera que por la calidad del metal désignase la doctrina, por la figura el parecido con los Padres, por el peso de la humildad. Mas quien discrepare de estas tres cosas no será metal, será tierra.

CAPITULO XXXVII

De los que enseñan bien y viven mal.

966. Algunas veces por culpa del doctor hasta la doctrina verdadera se envilece, y hace despreciable la misma verdad que predica quien no vive conforme enseña.

967. Arco falso invertido es la lengua de los maestros que enseñan bien y viven mal. Y por lo mismo es como si dispararan la saeta con un arco invertido, que con el golpe de la propia lengua atraviesan su depravada vida.

968. Quienes predicán las verdades divinas y se cuidan menos de vivir según la dignidad de la misma predicación, teniendo en la boca la palabra de Dios y no practicándola en su vida, enseñando muchas cosas buenas, pero no practicando ninguna, imitan a Balaam el adivino, que de hecho era un perverso, y tuvo abiertos los ojos para contemplar el fulgor de la doctrina.

969. Quien enseña bien y vive mal es como una campana o metal bronce, para los otros produce sonido, mas él no se oye, se queda insensible.

970. Quien enseña bien y vive mal, por cuanto enseña bien, aprovecha a los que viven, mas por cuanto vive mal, a sí mismo mata. Así el sacerdote que se porta dignamente como el sacerdote corresponde, su ministerio es útil para sí y para los otros; mas el que vive indignamente, para los demás es útil hablando, pero se mata a sí viviendo malamente. Y por esto lo que en él está muerto suyo propio es, mas lo que en él está vivo, es decir, el sagrado ministerio, que lo es de vida, ajeno es, no propio.

971. Quien enseña bien y vive mal, cuando expone lo bueno, parece al cirio que da luz a los demás mientras él se consume y se apaga en maldades.

972. Quien enseña bien y vive mal parece juntar el bien con el mal, mezclar la luz con las tinieblas, convertir la verdad en mentira.

CAPITULO XXXVIII

De los ejemplos de los malos sacerdotes-obispos.

973. Frecuentemente la peste del pecado infiltra y pasa la muerte a los pueblos por aquellos mismos que enseñan la ley, o porque enseñan lo malo o porque lo practican.

974. La mayor parte de los sacerdotes y clérigos que viven mal, sirven a los otros de modelo para lo malo, ellos que debieron ser ejemplar en lo bueno. Pero no hay duda que éstos darán cuenta de los que pierdan con el mal ejemplo de su vida.

975. Con frecuencia por el ejemplo de propósitos carnales se hace peor la vida de los súbditos, y por causa de la plebe se eligen sacerdotes tales que destruyen al pueblo con el mal ejemplo y no edifican. Porque algunas veces por causa de la plebe son elegidos obispos, para que más fácilmente se arruinen los que los siguen.

976. Al padecer la cabeza sufren los restantes miembros del cuerpo. Y de ahí que está escrito (Isa, 1, 5): *Toda cabeza está enferma, y todo corazón doliente. Desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza no hay en él cosa sana.* Ahora bien, cabeza enferma es el doctor que comete pecado habitual, de cuya malicia se contagia el cuerpo, cuando la pestilente enfermedad pasa a las plebes sometidas ora pecando él, ora enseñando maldades.

977. Los que ya con la doctrina, ya con los ejemplos corrompen la vida y costumbres de los buenos, son peores que los que roban las haciendas y predios ajenos. Porque éstos quitan cosas que están fuera de nosotros, por más que son nuestras, pero los corruptores de costumbres propiamente nos engañan a nosotros mismos, porque las riquezas de los hombres consisten en sus costumbres morales. Por lo tanto es grande la diferencia entre los daños a las costumbres y entre los perjuicios a los bienes temporales, hallándose éstos fuera y las costumbres dentro de nosotros.

CAPITULO XXXIX

De los Prepósitos carnales.

978. Generalmente por providencia del divino consejo se ordenan prepósitos que ambicionan lo mundano y exterior, a fin de que en tanto que ellos están totalmente dedicados a los negocios temporales, los espirituales se ejercitan en más segura vida de contemplación. Pues para los que suspiran por vivir tranquilos son duras las cargas de los cuidados episcopales. Provee Dios muchas veces en los dados a los negocios temporales que tomen el gobierno para que mientras éstos, sin cansancio, cuidan las exterioridades, los espirituales se dediquen a las cosas interiores sin el estorbo de las terrenas. Así es que hacen cargos contra el orden divino establecido los que critican condenando a los obispos, cuando éstos atienden menos a los asuntos espirituales, pero más a los terrenos. Porque disposición de Dios es para su gloria que haya instituídos obispos que cuiden de los asuntos seculares para quitar los desórdenes y alborotos mundanos, con el fin de que los deseosos de vida interior puedan sin ningún impedimento de la tierra dedicarse con mayor libertad a lo que aman. No hay pues motivo para que la plebe juzgue al rector por desordenado, cuando más bien los pueblos deben darse cuenta que ha sido culpa suya el haber elegido el régimen de un pontífice perverso. Porque Dios dispone la vida de los que rigen según merecen los pueblos. Sirva de ejemplo David, que peca para advertencia de los príncipes que prevarican por culpa de la plebe.

979. Justamente condena Noé a los hijos de Cham que publican las faltas de sus prepósitos, como Cham que no cubrió a su padre, sino que mostró lo vergonzoso burlándose. Tendrán mérito los imitadores de Sem y Jafeth, que con respeto tapan lo que entienden que es un exceso que han cometido sus padres; con tal empero que sólo cubran los actos aquellos y no los quieran ni los imiten. Pues hay quienes, si ellos han pensado, aunque no sea más que un momento, en los negocios espirituales, juzgan perversamente a sus prepósitos en cuanto han visto que están atendiendo más a los negocios temporales.

980. Por tanto los rectores serán juzgados por Dios y no deben los súbditos en manera alguna juzgarlos: a ejemplo del Señor, que por sí mismo derribó las mesas de los que vendían palomas, y las de los banqueros y con un azote echó fuera del templo a los que vendían; o

también como dice el Salmista (81, 1): *Presente está Dios en la reunión de los dioses de la tierra; y allí en medio de ellos juzga a los tales dioses o jueces.*

981. Pero si en la fe se hubiere extraviado el rector, entonces debe ser reprendido por los súbditos; mas en cosa de costumbres reprobables antes ha de ser tolerado que restringido por la plebe.

CAPITULO XL

De los maestros o doctores iracundos.

982. Los maestros iracundos convierten el tono de la enseñanza por su rabioso furor en crueldad enorme y por lo mismo más hieren a los súbditos con lo que podían enmendarlos.

983. El propósito iracundo castiga desmedidamente las culpas, porque su corazón distraído con los cuidados de las cosas no se recoge en el amor único de la divinidad. Porque el entendimiento desparrramado en mil asuntos no está recogido por el lazo de la caridad, sino que malamente laxo, se mueve mal en toda ocasión.

CAPITULO XLI

De los doctores soberbios.

984. El doctor y rector bueno es el que guarda la disciplina en humildad y por la disciplina no incurre en soberbia.

985. Mas los pastores soberbios oprimen tiránicamente a los pueblos, no los rigen, y no exigen de los pueblos la gloria de Dios, sino la suya.

986. Muchos hay que al enseñar no son humildes en la exposición, sino arrogantes y que aun lo bueno que predicán no lo anuncian por deseo de corrección, sino por vicio de grandilocuencia.

987. Muchos hay que enseñan no por intención de edificar, sino por la hinchazón de engrandecerse, y no son sabios para aprovechar, sino que desean enseñar para parecer sabios.

988. Hay una perversa imitación de arrogantes sacerdotes por la que imitan a los santos en el rigor de la disciplina y desdennan seguirlos en el afecto de la caridad: quieren parecer rígidlos por la severidad y no quieren dar ejemplos de humildad, para ser tenidos más como terribles, que como mansos y afables.

989. Los doctores soberbios saben más de herir que de curar. Es Salomón quien (Prov. 14, 9): *En la boca de insensato está la vara de su soberbia*, porque reprendiendo con rigor hieren y desconocen el compadecer con humildad.

990. Quien acepta por caridad de corazón y humildad de conciencia el curar los males del pecado ajeno bien acepta. Además quien reprende al delincuente con corazón soberbio o lleno de odio no enmienda, sino hiera. Porque todo cuanto profiera el protervo o airado es furor de quien ofende, no dilección de quien corrige.

CAPITULO XLII

De la humildad de los Prepósitos

991. Quien está puesto al frente de un régimen de tal modo debe aventajar en disciplina a sus súbditos, que no sólo por autoridad, sino por humildad resplandezca. Sea no obstante humilde de tal modo que no se relaje la vida de los súbditos, y tal sea la autoridad de su potestad que no haya excesiva severidad por motivo del tumor del corazón. Pues en los sacerdotes de Dios ésta es la verdadera discreción: que ni sean soberbios por la libertad ni remisos por la humildad. De ahí que los santos con grande firmeza reprendieron los vicios aun en los príncipes y teniendo suma humildad, cuando fue necesario reprendían con libertad a los quebrantadores de la justicia.

992. También algunas veces debemos ser nosotros más humildes que los súbditos, porque nosotros juzgamos los hechos de los súbditos, pero los nuestros júzgalos Dios.

993. Reconozca el obispo que es servidor del pueblo, no señor, y que esto lo exige la caridad, no la dignidad.

CAPITULO XLIII

De la discreción de la doctrina.

994. No ha de darse a todos una misma instrucción, sino la exhortación de los doctores ha de ser diversa en consonancia con las costumbres, porque a unos corrige la reprensión áspera, mientras que a otros la blanda exhortación.

995. Así como los buenos expertos médicos para curar los varios males corporales se sirven de diversas medicinas, de suerte que sea diversa la medicina según sean varias las heridas; así también el doctor de la Iglesia empleará el remedio doctrinal conveniente a cada uno y enseñará que es lo correspondiente a cada cual según la edad y el sexo y la profesión.

996. No a todos deben abrirse los arcanos que están cerrados. Porque son muchos los que no pueden entenderlos y si a los tales indiscretamente se manifiestan, luego o murmuran, o descuidan.

997. Porque la primera propiedad de la prudencia es enseñar qué persona debe estimarse. A los pueblos rudos y carnales se deben predicar cosas llanas y comunes, pero no las muy altas y difíciles, para que con la desproporcionada grandeza de la doctrina, en vez de instruídos, no queden oprimidos. Por esto dice el Apóstol Pablo (1 Corintios, 3, 8, 9): *Yo no he podido hablaros como a hombres espirituales, sino como a personas aún carnales.* Y por eso, como a niños en Jesucristo, os he alimentado con leche y no con manjares sólidos. Porque a los ánimos carnales ni conviene predicarles cosas por demás altas de los cielos ni cosas de la tierra, sino conviene enseñarles cosas intermedias según lo requieran sus principios y costumbres.

998. El cuervo en tanto que ve a sus polluelos de color blanco no les da alimento alguno, sino que espera a que negreen de color del padre y entonces les lleva cebo con frecuencia. De semejante manera el diestro maestro de la Iglesia, si a los que enseña no ve semejantes a sí, que están negreando por la confesión de penitencia, y perdido el brillo secular, están revestidos con el hábito del lamento por el recuerdo del pecado, como a quienes son todavía exteriores o sea, carnales, no descubre los más hondos misterios del sentido espiritual, no sea que mientras que no alcanzan lo oído, comiencen a despreciar antes que a venerar los celestiales mandatos.

999. De una manera se ha de proceder para con los que están

encomendados a nuestro régimen, si tropiezan y de otra con los que no nos están encomendados: éstos, cuando son justos, han de ser venerados, pero si delinquen sólo por caridad, cuando hay lugar, han de ser corregidos, aunque no con severidad como a los que están encomendados a nuestro régimen.

1000. Antes han de ser enseñados los ancianos (presbíteros) del pueblo con el fin de que por medio de ellos sean enseñados más fácilmente los que están debajo. Así dice también Pablo (2 Tim. 2, 12): *Confía las doctrinas a hombres fieles, que sean idóneos para enseñarles también a otros.*

1001. Ingenio es del buen doctor comenzar alabando a los que desea corregir al reprenderlos saludablemente. Así lo hace Pablo con los Corintios, a los que comienza por alabar y los prueba con increpaciones. Pero entre los Corintios los había que eran dignos de alabanza y otros que eran dignos de ser increpados. Mas hablará indiscretamente quien de tal modo dice para todas las cosas, las alabanzas y las increpaciones, que a todos parezca que entrambas les convienen.

CAPITULO XLIV

Del silencio de los doctores.

1002. Por merecido castigo del pueblo se quita la enseñanza de la predicación; por favor merecido del que oye se concede la palabra al doctor.

1003. En el poder de Dios está a quién El quiera dar o a quién quitar la palabra de enseñanza; y que esto sea por favor y beneficio del que habla o del que oye, de manera que unas veces por culpa del pueblo sea suprimido el sermón del doctor, otras empero se conceda por los provechos merecidos. Porque el bueno enseña lo bueno y el malo lo malo, y el bueno lo malo y el malo lo bueno, lo cual no obstante sucede según lo que merecen los pueblos.

1004. No todos los tiempos son a propósito para enseñar, según la sentencia de Salomón que dice: *Tiempo de callar y tiempo de hablar.* Y no por temor, sino por discreción es preciso que los elegidos cesen de enseñar por causa de la incorregible perversidad de los malos.